

DOCUMENTO CONFIDENCIAL. ALTO SECRETO. PARA USO ÚNICAMENTE DE EXCOLEGIALES. LECTURA PROHIBIDA A ANTIGUOS PROFESORES Y/O FRAILES DE LECÁROZ.

Escribía el otro día Luis Miguel de Les:

(...) Podría hablar de muchísimas cosas más, por ejemplo, me viene a la cabeza el "velero". ¿Sabéis que era eso? Pues algún otro día lo contaré. O de cómo aprendí que el agua caliente se sitúa siempre en la parte alta de una recinto hermético, viendo a Fray Cruz de Rentería palpar la caldera del calzadero y notar que en su parte alta el agua ya tenía temperatura suficiente para usar confortablemente las duchas. O de como Mendicute cortó los cables del amplificador al bendito P. Carlos de Vera, que había tenido la ocurrencia de impartir sus clases con micrófono. ¡A esa tentación era imposible resistirse!, lo malo es que el P. Valentín de Leránoz interpretó que la fechoría la había cometido "en compañía de otros", entre los cuales pensaba estaba yo... y me hizo la vida imposible en los meses siguientes. O de cómo había de vez en cuando, ya en los cursos últimos, expediciones nocturnas a la cocina, a prepararnos inmensos platos de nata con azúcar, sacada de los peroles de leche que, tras cocerse a la noche quedaban preparados para el desayuno. O a la biblioteca, también con nocturnidad y alevosía, a "pescar" en sus papeleras algún calco de multicopista donde estuviera el examen del día siguiente. O de cómo sustituímos ¡todo un bloque de exámenes! por otro antes de empezar a ser corregidos. Naturalmente, el segundo estaba formado por ejercicios hechos con el libro, frente a los recogidos directamente tras acabar el examen. Todavía estoy viendo la cara del profesor, a quien por respeto a que aún vive no identifico, comentando que le extrañaba muchísimo las altas calificaciones de todos, principalmente porque para varios fue la única ocasión que aprobaron un examen de esa asignatura.

(Aguantándome las carcajadas, copio a continuación el relato recibido hoy, donde se desvela, a los que no conocimos la vida en el Colegio Viejo, el misterio no muy náutico de...)

El "velero".

Se hace necesario iniciar el relato explicando quiénes eran los "legos". En aquella época preconiliar, donde las órdenes religiosas mantenían jerarquías claramente diferenciadoras (ahora apenas queda restos de ello, sólo en las más severas, como los cartujos o camaldulenses), los miembros de la orden capuchina se clasificaban en padres, frailes y legos. Técnicamente, los dos primeros (quizá también los terceros) eran frailes, pero la distinción trataba de ilustrar con claridad quiénes habían recibido el sacramento del Orden Sacerdotal.

Los primeros tenían derecho a llevar solideo de color negro, por predicar la Palabra de Dios; los segundos, de color marrón, pero en la práctica casi ninguno lo llevaba, a excepción de los padres muy mayores y de Fr. Demetrio de Olló, además de Monseñor Ignacio Gregorio Larrañaga Lasa (el obispo capuchino expulsado de Pingliang, China), quien alternaba entre los conventos de Fuenterrabía y Lecároz y lo llevaba de color morado. Algunos frailes aún se dirigían a los primeros con el tratamiento de "su paternidad".

Los legos eran personas acogidas a la vida religiosa en un convento determinado; años después oí que también los denominaban "donados". No puedo precisar si habían pasado por el noviciado y dudo que hubieran emitido votos. Vestían hábito sin capucha ("cogulla", creo es su nombre específico) con cordón y hasta sandalias, pero me parece que sin rosario colgante. En su DNI constaba como profesión "religioso", pero ya sabemos que entonces la profesión era simplemente un dato no contrastado en tal documento (ahora ya ni figura).

Pues bien, la función de veleros la desempeñaban siempre los legos, salvo alguna rara vez en que ví a Fr. Cruz de Rentería, Fr. Lucas o Fr. Martín en ese cometido. Lamento no recordar el nombre de quién cuidó nuestros sueños durante varios años. Era un hombre alto, de manos grandes, quizá algo tosco, que se expresaba muy mal en castellano, aunque tampoco me atrevo a decir que fuese debido a ser natural de un medio rural vasco. Si de noche te encontrabas mal, siempre disponía a mano de una aspirina, con su recomendación de

tomarla con agua, pues si no, "quemaba el estómago". Años después vino a desempeñar esa función un tal Hno. Manuel. Al contrario del anterior, era muy bajito, con alguna cicatriz o quemadura en la cara y cuello. Persona curiosa, que en ocasiones contaba a quien quisiera oírle que había sido legionario. Completaba el trío de legos el Hno. Félix, "coppi" (por su gran parecido con el "campionissimo" ciclista italiano de los años 40 y 50). Buena persona, pero que convertía en algo imposible permanecer a su lado, pues, por trabajar a diario en los establos porcinos (con los "cutos", como se decía en versión navarra), olía profundamente a eso, a cuto. En una ocasión presencié cómo un vigilante, con muy poca caridad, le hacía levantarse de la butaca del cine, mandándole al extremo superior, con la advertencia que olía mal e iba a molestar a los alumnos...

Tradicionalmente, el vigilante de la segunda sección era el P. Tomás de Pamplona, el "lechuzo". Un buen día descubrió las posibilidades de hacer un pequeño negocio con los caramelos, por lo que empezó a llevar en los bolsillos interiores de su capa (esa media prenda de abrigo que llevaban entonces los capuchinos para guarecerse del frío) puñados de ellos y a venderlos a precios ciertamente económicos, satisfaciendo de esa manera la demanda que había entonces de productos que ocupaban el lugar que hoy en día tienen las "chuches", en unos años todavía muy lejanos de las tiendas específicas y de los dispensadores automáticos. El pago tenía que ser con dinero contante y sonante, no con vales y hay que añadir que la venta era siempre controlada, pues ni se podía comprar en exceso, ni estaba permitido consumirlos en clase o en la sección, sino solamente en el recreo, comedor o dormitorio. Quien incumpliera esas normas se exponía a no hacerse acreedor a posteriores transacciones. Así de fácil. Recuerdo sus avisos en el dormitorio, dignos de un pregonero, una vez por semana al despertarnos (¿los miércoles?), para poner a limpiar los zapatos, "saquen zapatos", que a fuerza de repetirlo, contraía en "*saquempatos*".

El curso 1959-60 llegó destinado a Lecároz el P. Bautista María de Úcar, a quien se le asignó la vigilancia de la 1ª sección, la de los pequeños, que comprendía ingreso, primero y algunos de segundo de bachiller. Recién ordenado, con veinticuatro años, barbilampiño, era un crío más entre nosotros. No recuerdo nunca habernos levantado la mano (y en aquella época abundaba la "gente" de mano ligera en Lecároz). Jugaba mucho con sus "vigilados" y realmente nos trataba como un compañero más. Uno de nuestros mejores pasatiempos era "pelear" contra él. Se quitaba las gafas, apartábamos a un lado los pupitres y montábamos un pequeño cuadrilátero en el que competíamos a abalanzarnos sobre nuestro vigilante, a ver si podíamos derrumbarle. Unos días lo conseguíamos y otros él podía con todos nosotros. Duró un curso, al siguiente lo enviaron a Ecuador, donde ha pasado casi toda su vida religiosa, regresando a la Provincia Capuchina de Navarra, Cantabria y Aragón ya a finales del siglo. Creo que ahora se encuentra en Alsasua, en tareas pastorales en una iglesia urbana.

En otra ocasión, en el patio de recreo comenzamos a "pelear" con otro profesor. En el encarnizamiento de la contienda, se le aflojó el cordón, cayendo al suelo; lo recogió uno de los combatientes y salió huyendo triunfante con su botín guerrero. Es evidente que, si ya de por sí el hábito no era precisamente una pieza demasiado estética, sin ceñidor, vestido en toda su amplitud, cayendo a peso desde los hombros, parecía realmente un camisón de noche. Si a eso añadimos que la figura del perjudicado no era precisamente apolínea sino más bien baja y rechoncha, su estampa causaba bastante hilaridad. El problema es que el hombre no encajó muy bien nuestras risas, empezó a llamar a voces al ladrón de cordones y éste, quizá asustado o por descuido, lo soltó, con tan mala fortuna que cayó en la rejilla del sumidero de aguas pluviales, yéndose al fondo de la alcantarilla (la mano del demonio, que no sólo se dedicaba a mover pjaras de cerdos...) No habiendo posibilidad de rescatarlo, el fraile montó en cólera (hay que decir que no le hacían falta grandes motivos para acalorarse), salió a paso ligero de en medio del patio y se encaminó al calzadero, con las faldas bamboleándose a derecha e izquierda y nuestras risas "in crescendo". Se tomó la revancha durante bastantes días, con severidad y mano ligera, así que tuvimos que pensárnoslo dos veces en el futuro, antes de volver a utilizarle como contrincante de juegos.

Otra hazaña recordada fue la de "capar" la capucha de un profesor, de quien voy a omitir

el nombre pues todavía vive y se ha caracterizado siempre por estar muy próximo a los excolegiales. Consistía la maniobra en cortar con una tijera, con gran habilidad y total discreción, la puntita de la capucha, pero he aquí que lo que a nosotros nos pareció una broma relativamente inocente, el afectado lo interpretó como ofensa grave, habida cuenta que la cogulla del hábito era un símbolo merecedor de bastante más respeto que el que nosotros mostrábamos y que, que por lo visto, otros frailes se habían reído bastante al comentárselo. Tuvimos varias sesiones interrogatorias, se pidió denunciáramos al ejecutor, pero no hubo manera que se enterasen del autor de la fechoría. La broma con esa persona continuó durante bastante tiempo, repitiéndose las risas cada vez que vestía uno de los hábitos que el hermano sastre había reparado mediante un añadido remendado, más visible aún que con la punta cortada... En definitiva, que hubo cachondeo durante meses. Con este mismo profesor, ejerciendo de vigilante suplente, tuvimos ocasión de carcajearnos un buen rato cuando uno de nuestros compañeros, en el silencio y recogimiento de una sesión de estudio subió al estrado a preguntarle algo y antes de empezar salió huyendo de allí, tapándose la nariz y dando voces indiscretas de que ahí olía muy mal. Por lo visto, el hombre había tenido un desahogo silencioso (probablemente provocado por el exceso de alubias o castañas con que nos alimentábamos entonces) con tan mala fortuna que no calculó la posibilidad que alguien fuera a acercarse inmediatamente. Hasta por debajo de las barbas adivinamos que había enrojecido...

El cambiazo de exámenes en bloque sólo lo hicimos una vez. Sin embargo, creo recordar que ya se habían dado algunos casos individuales, es decir, de sustitución de un examen todavía sin corregir por otro, hecho con el libro, además de llevar ya preguntas resueltas y meterlas como si hubieran sido escritas durante el examen. Para ambas operaciones tenía que darse la condición que el examinador no proporcionara su propio papel y para la primera, además, que se tratase de un profesor con algún "cargo", con despacho –prefectos de algo, administrador, encargado de laboratorios o museo, etc...–, pues de lo contrario se llevaba los exámenes a su celda y ahí sí que no había nada que hacer. Lo que fué bastante utilizado es la "pesca" de plantillas de exámenes a multicopista. En un principio, una vez usadas, quedaban en una papelera pringosa, muy sucia de tinta, situada en el cuarto de multicopista, estancia a mitad de pasillo enfrente de la biblioteca, colindante con la pared oeste de la iglesia. Pero eso pronto pasó a ser de dominio común del Claustro, así que hubo que refinar la técnica. Descubrimos que tales plantillas se mecanografiaban con antelación, más o menos un par de días antes de imprimirlas, pues tenían que hacerlo con bastante meticulosidad para que las copias no quedasen borrosas. Como el cuarto de multicopistas no era ya fiable, las guardaban en la biblioteca, lugar prohibido (¡paradojas de la vida estudiantil!) para los alumnos. La aventura implicaba acercarse allí de noche, bastante después de haber apagado las luces del dormitorio, con una linterna, soportando en pijama el frío general de la casa e ir levantando uno por uno todos los pupitres de lectura hasta dar con el botín. Todo ello con fuerte riesgo de encontrarse ahí a algún lector noctámbulo o a que cualquier crujido de esas maderas decimonónicas atrajera al velero desde el dormitorio situado debajo, en el ala adyacente. Pero ese riesgo solía verse recompensado casi siempre.

En aquellos años íbamos en fila a todas partes. Al tocar la campana salíamos de clase o de las secciones, se formaban dos hileras de alumnos pegadas a cada tabique del pasillo, el vigilante daba una palmada y circulábamos hacia el comedor, calzadero o a donde correspondiera según la actividad. Y esto estuvo vigente en la práctica hasta Preu, con la particularidad que recorrer a diario varias veces, en fila y en silencio el camino desde los edificios habituales, lado oeste, hasta la antigua residencia de las monjas, en el extremo este donde estaban nuestras habitaciones, implicaba una constante fuente de conflictos juguetones entre nosotros. Empujones, collejas anónimas, comentarios que daban lugar a sonoras carcajadas y demás travesuras eran correspondidas como mínimo con llamadas al orden del vigilante. En esas edades, con paseo externo varias veces por semana, ser castigado sin salir era toda una tragedia. Pensemos que la apertura del Hotel del Baztán significó una gran liberación para muchos de nosotros. Ahí podíamos iniciar una mínima vida social, pues sus instalaciones, incluyendo la piscina, atraían a gente de fuera, lo que nos permitía disfrutar de un ambiente bastante menos cerrado que el del Colegio. Eso por no

hablar de la posibilidad de enviar y recibir ahí correspondencia sin censura, que todavía permanecía vigente en 1966 para los internos o de reforzar nuestra dieta con las truchas a la navarra pescadas en su vivero.

Para ir de los pabellones de clase a la residencia, bajábamos la escalera del inicio del ala oeste, entrábamos al comedor, pasábamos a la cocina, bajábamos un piso, salíamos unos metros al camino empedrado que rodeaba gran parte del Colegio (que aparece en varias escenas de la película "La sombra de nadie") y de allí al lavadero; lo cruzábamos entre los tambores de sus lavadoras y secadoras prehistóricas, al lado de una gran alberca de aclarado y ya entrábamos en lo que fué una especie de recibidor de las monjas, para por fin llegar a nuestras habitaciones. Toda una excursión. Había también otro camino más distinguido, continuando por el pasillo trasero de la iglesia, por el claustro norte del edificio de portería y entrando por una puerta adyacente al refectorio de la Comunidad, pero no sé por qué no se utilizaba tanto. Por descontado que cualquier aventura nocturna implicaba recorrer ese camino a la inversa hasta la cocina o biblioteca, a oscuras, con todo sigilo y volver a desandararlo con el botín entre manos para acostarse. Eso sí que era de película de terror y no las escenas del film citado.

(CONTINUARÁ...)